

ASCENSION DEL SEÑOR

Esta es una fiesta preciosa, porque muestra hasta qué punto Dios se ha comprometido con el hombre. Jesús, el Verbo encarnado, ha subido al cielo con su humanidad. Para Él, la naturaleza humana no fue una especie de uniforme de trabajo del que podía desprenderse al acabar la faena. Ha querido subir con su humanidad hasta el cielo, y está sentado a la derecha del Padre. Es algo maravilloso. No es extraño que la oración colecta de este día, subrayando la unión de Jesús con el género humano, rece así: «La Ascensión de Jesucristo es ya nuestra victoria, y donde nos ha precedido él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo». Es lo más alto a donde ha llegado la humanidad.

Dice la oración de poscomunión: «Haz que deseemos vivamente estar junto a Cristo, en quien nuestra naturaleza humana ha sido tan extraordinariamente enaltecida que participa de tu misma gloria». Viendo esto nos damos cuenta de cómo Dios ama al hombre. Lo mismo podemos decir de su Iglesia. ¿Cómo puede alguien pensar que la Iglesia desprecia lo humano si celebra una fiesta en la que coloca a la humanidad en lo más alto, participando de la misma gloria de Dios? Muy al contrario: porque la Iglesia conoce el designio de Dios sobre el hombre se dedica a custodiar lo verdaderamente humano.

Lo que ocurre hoy es que la idea de hombre ha quedado difuminada y, a veces, se dicen y hacen auténticas barbaridades. Por eso además de predicar el Evangelio, la Iglesia tiene que convertirse muchas veces en defensora de lo verdaderamente humano. Cuando el hombre se olvida de Dios, la misma dignidad humana queda oscurecida y el hombre no tarda en envilecerse.

Jesús, antes de subir al cielo, habla a sus apóstoles. Les da el encargo de predicar el Evangelio y de bautizar. El anuncio de la Palabra y los sacramentos constituyen la acción principal de la Iglesia. Pero también está la sanación del hombre en todas sus dimensiones: no se trata sólo de la promoción del pobre o de la curación del enfermo, sino que la sanación incluye todo el trabajo que hace la Iglesia para que cada persona recupere su total dignidad. Como señaló Pablo VI, la Iglesia es Madre y Maestra. Y Juan Pablo II dijo: «En Cristo Señor, la Iglesia señala y desea recorrer ella misma el camino del hombre». Ese camino parte de la realidad concreta de cada persona, creada a imagen y semejanza de Dios e inquieta hasta que reconoce a Jesucristo. Ese camino culmina en Dios Trinidad. Por eso la preocupación de la Iglesia va más allá de las necesidades materiales y se centra en el corazón del hombre, para que este pueda elegir a Dios.

Sorprende la pasión de la Iglesia por todo lo que tiene que ver con el hombre: san Benito y sus monjes enseñando a cultivar los campos, miles de santos preocupados por la educación de los niños y de los jóvenes, muchísimos hombres de Iglesia que han sido hombres de ciencia y algunos muy importantes como Mendel o Copérnico, multitud de fundadores de hospitales y centros de asistencia... Pero más allá de todo esto estaba la conciencia de que ese hombre, que juega, aprende, investiga, enferma... está llamado a gozar de esa Vida que ya posee la humanidad glorificada de Cristo.

La Virgen María, asunta al Cielo, ya participa de la resurrección del mismo Señor. Pidámosle que sintamos con fuerza como la comunión de hoy es realmente Cristo que me comunica su vida que me purifica y que va modelándome a su imagen.